



PREGÓN DE

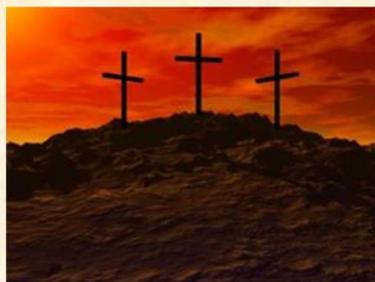
SEMANA SANTA

PREGONERO

DON MIGUEL A. CAMPOS SÁNCHEZ

El 12 de marzo de 2011 a los tres días de comenzar la Cuaresma, DON MIGUEL ANGEL CAMPOS SÁNCHEZ, un cofrade que echó sus raíces en la Cofradía del Nazareno, nos pregonó la Semana Santa de 2011 que comienza con una sonrisa heredada de su abuela y termina con la vista puesta en Aquel que colgó de una Cruz.

El pregonero es Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada, y en la actualidad ejerce con éxito su profesión como Abogado. Es coautor de monografías científico-jurídicas y sus trabajos jurídicos individuales o menores han sido publicadas por Revistas y Anuarios a nivel nacional. Colabora asiduamente con la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, y es articulista del boletín Nazoreo de la Cofradía de Ntro. Padre Jesús de Albox. Es cofrade del Paso Morao desde su niñez y durante muchos años ha portado sobre su hombro al Señor de Albox.



A mi abuela Juana Pareja, de la que aprendí –me enseñó- nada menos que a mantener firme la sonrisa; aun en la tragedia.

In memoriam.

PREFACIO.

“Mientras el río corra, los montes hagan sombra y en el cielo haya estrellas, debe durar el recuerdo del beneficio recibido en la mente del hombre agradecido...”; tomo prestado del poeta romano Virgilio –casi coetáneo de Jesús- tan certero pensamiento para agradecer el honor que hoy se me brinda; y no habiendo “talento más valioso que el de no usar dos palabras cuando basta una” –sigo ahora a Thomas Jefferson- pretendo hacerlo con brevedad: gracias a la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, y a la comunidad cofrade en general, por permitirme pregonar esta Semana Santa que es la mía, encomienda que asumo orgulloso a la par que abrumado; he pretendido, en justa correspondencia, responder a tan gran honor con igual esfuerzo; y si bien temo errar en la palabra, tengan por seguro que en el sentimiento acierto.

Lo dicho: amigos, hermanos cofrades, gracias.

El párrafo que ahora les leo, ha sido introducido esta misma mañana; al releer el texto, he advertido –con claridad freudiana- que, de manera inconsciente, he pretendido hacer uso de las enseñanzas principales de tres mujeres tan importantes en mi vida: mi madre, mi tía Maribel Campos y mi esposa; **de mi madre**, he intentado plasmar su inteligencia y casi sobrenatural intuición; ya veremos con qué éxito; **de mi tía**, el gusto por la letra escrita y el valor de una intelectualidad fundada y serena; hoy, esa letra escrita, simplemente, me salva; y **de mi esposa**, he querido aplicar su serenidad de sentimiento y pensamiento, huidizo siempre de rigideces e intolerancia.

Por tanto, aun dispuesto de manera inconsciente, hay mucho de mi madre, de mi tía y de mi esposa en el siguiente pregón; quiero decirles con ello que, de gustarles éste, mi pregón, no duden en felicitarne efusivamente; si, por el contrario, les parece aburrido, pretencioso o un soberano tostón, no lo duden: culpenles a ellas.

PREGÓN.

No les voy a abrumar con adoctrinamientos sobre la católica fe, ni señalaré los errores que, a mi entender, cometemos las Cofradías –todas- y que otras veces he señalado; por tanto, no pretendo ser para nuestras Cofradías el látigo que azote errores en los que yo participo; no seré, por tanto, fusta hipócrita; ni guante de seda.

No les hablaré de fe por dos razones:

La primera, que si bien vivo en la constante búsqueda de un Dios –el nuestro- cuya existencia acepto pero que a veces hallo, y a veces no, mi terca razón evita que enraíce la fe que con tanto ahínco mis padres me inculcaron; prefiero, por tanto, hacer caso al hidalgo caballero don Quijote, quien dejó dicho que *la santidad fingida no hace daño a ningún tercero, sino al que la usa*.

La segunda de las razones que aparta mi pregón de los tradicionales cánones de profesión de fe, deviene otra íntima convicción: se debe escribir sobre la pura certeza propia o acerca de la ficción total; en ambos extremos hallaremos virtud: pero nunca escribiendo sobre aquello que ni se conoce, ni se inventa.

Reducido el camino por el que transitaremos, como Thomas S. Eliot me dispongo a liberar la carga que todo creador –por humilde que sea- lleva dentro, y a la cebe dar a luz para conseguir alivio; a ello me dispongo, a liberar esa carga, aun sabiéndome funámbulo por transitar tan lejos de lo que en estas ocasiones se espera –se exige- al pregonero.

El último cristiano murió en la cruz...; así, con esta lapidaria frase de su obra *El Anticristo*, enterró Nietzsche lo que de bueno haya aportado el cristianismo a la humanidad; y lo hizo de la forma más efectiva posible: reconoció valor –bondad- al Cristo, para determinar que, tras su muerte, el Cristianismo es origen de todos los males de la sociedad; ni más ni menos.

Dostoievski, se enfrenta con su ateísmo para concluir que, dada la incapacidad de la razón para sustituir a Dios, *todo está permitido*; en el siglo XX, los admirados existencialistas –Sartre y compañía- dieron por constatada la muerte de Dios, y concluyeron que los individuos *podían y debían escoger cada uno su moral*.

En la sociedad posmoderna, en nuestro occidente actual, toda esta tradición que niega la existencia de valores más o menos absolutos, y su correlativo ataque a los valores cristianos, goza del máximo predicamento; hoy, como ha escrito Pedro Schwartz, lo que se sostiene es que resulta imposible determinar *qué sea lo bueno; qué sea lo malo*.

Esta son las raíces filosóficas, burdamente expuestas por mis propias limitaciones, del actual relativismo que impera en la sociedad; resulta un lugar común aceptar que cada cual debe elegir su propia idea del Bien y el Mal, qué es justo y qué injusto, qué es loable y qué resulta desdeñable; mucho se habla sobre la carencia de principios y la ausencia de valores superiores, pero poco se reflexiona acerca de ello; este relativismo no nace por generación espontánea, sino que hunde sus raíces en el pensamiento antes expuesto.

Pues bien: a esta descripción de nuestra sociedad actual –repito: describo, no valoro- el Cristianismo se opone abiertamente; hoy día, advertir si quiera la posibilidad de que el Bien o el Mal, no deben ser cuestiones sujetas al albur de cada individuo, puede sonar –y de hecho suena- poco menos que arcaizante o retrógrado; de otro tiempo.

Ahora bien: me propongo –con total ausencia valorativa- explicitar cuáles sean las consecuencias que esa visión cristiana tiene para el Mundo; determinar si algo bueno hay en ésta y, a partir de ahí, adoptar una postura comprometida; adelanto ya, que cuando uno se asoma a ese precipicio, si lo hace con altura de miras y sin prejuicios, sorprende lo mucho que nuestra acomodada sociedad adeuda a la escatología cristiana, y lo poco que reparamos en ello.

Abordando de lleno la cuestión, partimos de razonamiento previo, fundamental: el Cristianismo no defiende una solución relativista acerca de qué se entienda por bien o mal. Muy al contrario, el Cristianismo entiende que lo

deba entenderse por el Bien no es cosa que deba dejarse a cada persona; saca lo que deba entenderse por “El Bien” del campo de actuación de los humanos.

Este radical planteamiento, tan extraño en nuestros días, tiene sin embargo una consecuencia fundamental: no será otro humano quien determine qué sea lo correcto, sino que la idea del Bien queda al margen de las miserias humanas; de otra forma: si lo que deba entenderse por “El Bien” es cuestión que decidan los humanos, inevitablemente el más fuerte impondrá por la fuerza su particular concepto; si cada humano defiende su concepto de lo bueno, estamos sólo a un paso de la ley del más fuerte.

Esto precisamente es lo que destroza el Cristianismo. En palabras del historiador de la filosofía francés Philippe Nemo *esta justicia superior [...] escapa a cualquier cálculo y gestión humanos.*

La colocación de la idea de “El Bien” o la Justicia fuera del ámbito de control humano, se convierte en un mecanismo eficaz de garantía de la libertad del ser humano. En este sentido, concluimos, de conformidad con lo que ya han expresado otros sin mis limitaciones, que *el Cristianismo sitúa la idea del Bien al margen de las debilidades humanas, y sólo así es posible que no sucumba a la ley del más fuerte; como no se impone en este mundo, la libertad del hombre queda a salvo.*

El Cristianismo es, por tanto, **garantía de libertad.**

Retengamos lo anterior: si todos los cristianos son –somos- inhábiles para determinar qué sea lo Bueno o lo Correcto, ello nos conduce a otro concepto que ya habremos intuido: es el Cristianismo, y no la Revolución Francesa, el autor intelectual de la idea de **igualdad** entre los seres humanos. Todos los humanos somos iguales, pues no siendo humano quien determina lo Bueno, y no teniendo nadie poder sobre otro, resulta que todos los hombres son individualmente pecadores. Nótese que hablamos en el terreno de los conceptos, y resulta que –oh, sorpresa- la igualdad más tiene que ver con el Cristianismo que con la Revolución bolchevique.

Si avanzamos en nuestro razonamiento, resulta que de esta equiparación radical en la igualdad de los seres humanos se deriva otra consecuencia y que,

por tanto, es debida también al Cristianismo: la igualdad conlleva necesariamente la **compasión**, es decir, la pasión-con el otro, compasión que es resultado de que “ese otro soy yo, pues ambos somos iguales”. Por tanto, la **solidaridad**, mito recurrente de diversas corrientes de pensamiento, tiene también su origen en la escatología cristiana.

El filósofo francés que nos sirve de guía –Philippe Nemo– se muestra tajante cuando, con la carencia de complejos que le caracteriza, afirma: *creo que la moral judeocristiana del amor o la compasión, al aportar una sensibilidad inédita al sufrimiento humano, un espíritu de rebeldía contra la idea de la normalidad del mal, dio el primer empuje a la dinámica del progreso histórico.*

Si hasta ahora he conseguido retener su atención, me habrán oído argumentar que algunas cosas se le deben al Cristianismo: **libertad, igualdad, compasión y solidaridad.**

Pero la idea de solidaridad es sólo el paso previo a la definitiva conquista del Cristianismo, que es la **misericordia**. Este concepto excede la idea de Justicia. No se trata de aplicar el viejo aforismo romano de “dar a cada uno lo suyo”, sino que se trata de ir más allá, de que el ser humano se sienta responsable del sufrimiento de sus congéneres. En palabras de este autor francés, que encuentra apoyatura a su tesis en Mateo 5-7, *la moral que se ensalza en este texto consiste en sentirse responsable y en querer serlo de todos los sufrimientos humanos, incluso de aquellos que uno no ha provocado; [...] una misericordia que debe ir más allá de cualquier justicia. El amor evangélico no consiste, como la justicia, en cumplir deberes definidos en sus límites, sino en hacer algo más por el prójimo...*

Recapitemos: aun en el caso de que se admitieran parcialmente tesis contrarias, los conceptos de **libertad, igualdad, compasión, solidaridad, y misericordia**, no puede negarse que son de raigambre netamente cristiana; puede objetarse que su concepción actual se deba a otras muchas circunstancias, pero su irrupción en el mundo se debe al Cristianismo. Libertad, igualdad,

compasión, solidaridad y misericordia que, huelga decirlo, son valores superiores que afectan por igual a cristianos y ateos, pues configuran nuestras avanzadas sociedades tal y como las conocemos hoy. No están en el mundo para los cristianos, sino para todos nosotros.

Es mi empeño, porque así lo creo, esparcir desde la inmerecida atalaya que hoy se me brinda, una semilla de racionalidad sobre el papel del Cristianismo en la Historia; con el temor de que, en mis pobres luces, no habré sabido explicar lo fundamental: la Semana Santa, no es sólo cuestión de creyentes, sino de ateos también; de personas. El Cristo hiriente de la historia fue el inicio de valores tan primordiales como la libertad que, por tenerla, apenas valoramos; libertad que se gana en milenios y se pierde en minutos.

El recuerdo constante de lo que el Cristianismo significa –sentido por creyentes, y admirado por ateos- es también responsabilidad de las Cofradías, y es su responsabilidad la promoción de estos profundos valores cristianos que, repito, afectan por igual a cristianos y ateos.

Propongo, que sólo cuando nos hayamos agotado en esta labor pedagógica, cuándo desgañitados en la promoción de esos valores cristianos desde las Cofradías no encontremos resultado alguno, sólo en ese caso, repito, nos quejemos acerca de si la gente no colabora o si en las calles ya no hay tanto público como cuando antes se procesionaba.

Propongo, en definitiva, perseverar y ahondar en los esfuerzos que, me consta, realizan nuestras Cofradías para recuperar el sustrato, el fondo de lo que la Semana Santa significa y rememora, y mi empeño no ha sido otro que lanzar esa semilla por si acaso la queremos sembrar.

A lo largo de este Pregón, he citado –no por falsa erudición, sino por saberme pequeño- a grandes pensadores de la historia universal; quiero terminar por ello, con un poeta más cercano y que significó mucho entonces – y aún hoy- para unos cuantos estudiantes del Instituto Martín García Ramos, entre los que encuentro; me refiero al poeta cuevano José María Álvarez de Sotomayor que, aunando fondo y belleza, escribió mejor que yo lo que les acabo de contar en forma de soneto:

Pendiente de la Cruz ensangrentada
todas las hieles del dolor apura,
sin que nuble un instante su amargura
la divina expresión de su mirada.
En su frente, de espinas coronada,
una celeste claridad fulgura.
Y al quedar en su labios de dulzura
la tierna frase del perdón cuajada,
temblorosas doblaron sus rodillas;
se inundaron de llanto sus mejillas;
hizo explosión aquel romanticismo
que aromaba su espíritu profeta,
y en su postrer estrofa de poeta
rimaron el amor y el Cristianismo.

Muchas gracias; les espero por Semana Santa en mi pueblo.